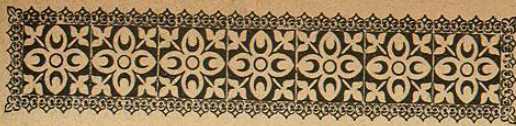


ser el punto de partida para todos los actos de la vida. Es necesario que todas las virtudes nazcan de la Eucaristía. Queréis practicar la humildad, pues mirad cómo la practica Jesús en el Santísimo Sacramento. Partiendo de este punto, de este conocimiento, trasladaos luego, si os place, al Pesebre ó al Calvario, adonde llegaréis más fácilmente de este modo, pues está en la naturaleza de nuestra inteligencia el proceder de lo conocido á lo desconocido, y en el Sacramento se presenta á vuestros ojos la humildad de Jesucristo. Apoyándoos en esto os será mucho más fácil suponer lo que ha sido en su nacimiento ó en cualquiera otra circunstancia. Haced esto mismo con respecto á todas las demás virtudes, y así comprenderéis mejor el Evangelio. Nuestro Señor Jesucristo habla por su estado sacramental, y nadie mejor que Él puede hacer comprender sus palabras y sus misterios. Nos comunica, además, la unción, para que las gustemos al mismo tiempo que las comprendamos. No se busca ya la mina; se está en ella y se la explota. Sólo por la Eucaristía se siente toda la fuerza actual de estas palabras del Salvador: Yo soy el camino. *Ego sum via.* Que todo nuestro estudio espiritual consista, pues, en contemplar la Eucaristía, buscando en ella el ejemplo de lo que debemos hacer en todas las circunstancias de la vida cristiana. En esto consiste y por este medio se conserva la vida de unión con Jesús-Hostia. De este modo llegaremos á ser *eucarísticos* en nuestra vida, y nos santificaremos según la gracia de la Eucaristía.



EL ANONADAMIENTO

Carácter de la Santidad Eucarística.

Exinanivit semetipsum.

« Se anonadó á sí mismo.»

(PHILIP., II, 16).

JESUCRISTO es nuestro modelo en el Santísimo Sacramento; veamos cómo nos enseña las virtudes que santifican. Para esto habremos de ver cuál es el estado de Nuestro Señor: la forma, la manera de ser de su vida será la forma y manera de ser de nuestras virtudes. Al estudiar cómo está en el Sacramento, vendremos en conocimiento de lo que quiere, pues lo exterior indica lo interior. Por las palabras y porte exterior se revela lo que es el alma. Cuando se veía á Jesucristo Nuestro Señor pobre, hablando con los pobres, colegiase de esto que había venido á salvarnos por la pobreza. Cuando moría por nosotros, nos enseñaba lo que debíamos hacer para ir al cielo. Ahora bien; el estado de Jesús en el Sacramento, el carácter que domina y que salta á la vista, es el *anonadamiento*. Este es-

tado, pues, debe hacernos comprender sus ocupaciones, sus virtudes, las cuales tomarán, cada una en su especie, esa forma, ese carácter de anonadamiento y humildad. Estudiad ese anonadamiento, y sabréis lo que tenéis que hacer para asemejaros á vuestro modelo y para permanecer en la gracia de la santidad eucarística. Tened presente que éste es el carácter dominante y distintivo de Jesús-Hostia, y que tal debe ser también el vuestro si queréis participar de la gracia eucarística.

I

Pues bien; Jesucristo es la Santa Hostia. Toma el estado de las santas especies. Su Cuerpo y Sangre sacratísimos reemplazan la substancia de dichas especies. Jesucristo ha subordinado su estado á la manera de ser de estas especies, las cuales, por consiguiente, vienen á ser la forma de su vida, y constituyen la ley de su duración. Jesucristo es como el sujeto de las referidas especies; está á ellas sometido y de ellas depende. Es verdad que no tocan, que no alcanzan á su vida divina en el Sacramento, y que cuando dejan de existir, no por esto sufre ningún detrimento su Cuerpo glorioso; pero no obstante, cuando las especies cesan de existir, se retira Jesucristo; Él está á ellas unido, se somete á sus leyes de movimiento, de humillación, y es tratado en un todo como ellas; viéndolas se ve el estado, la manera de ser exterior de Nuestro Señor Jesucristo.

Ahora bien; las santas especies son pobres, tan pobres que no poseen ya su ser propio; la consagración ha destruido la substancia á la cual estaban

unidas naturalmente. Estas especies no tienen ya la propiedad natural de su existencia; no existen sino por un milagro. Pues así también Nuestro Señor Jesucristo: Él no tiene nada propio en el Santísimo Sacramento; del cielo no aporta más que su divina Persona. El no tiene en propiedad ni aun una iglesia, ni una sola piedra. Es pobre al igual de las santas especies, más pobre aún que en Belén; allí Él se poseía á sí mismo, tenía un cuerpo que se movía á su arbitrio, que hablaba, crecía, un cuerpo por el que se ponía en relación con sus amigos, pudiendo recibir, aceptar de ellos cualquier don. Aquí nada de todo eso. Se hacen donativos, se reciben ofrendas en derredor suyo. Pero todo ello no cambia su estado personal; que el altar sea de oro, que brillen en él millares de luces, Jesucristo no es por eso menos pobre ni menos oscuro bajo las santas especies. Está muerto civilmente, y es incapaz de recibir cosa alguna. ¡Es un muerto! El honor, la honra del religioso que hace voto de pobreza consiste en asemejarsele. Hállase como encerrado, atado en un sudario: éste es todo su vestido, siempre el mismo; un vestido que no es siquiera una substancia ni un ser natural, y es tan frágil que, si cesara el milagro, sería destruido y no podría existir ni un solo instante. He aquí, pues, el gran pobre; se necesita verle y considerarle atentamente para emitir el voto de pobreza. Estudiad su pobreza que es la de la Hostia, y sabréis hasta dónde debéis llevar el espíritu de desinterés y de pobreza.

Además, estas especies son bien humildes por cierto. Siempre blancas; mas lo blanco no es color siquiera: su vista prolongada causa fastidio. Así, pues, Nuestro Señor Jesucristo no tiene, en el Sa-

cramento, ninguna belleza visible, ninguna hermosura humana, ¡El que fué tan hermoso en su vida, el más hermoso de los hijos de los hombres! La nube que le rodea no deja percibir cosa alguna. El último de los hombres está en más alta categoría, en más elevada posición que Jesucristo: por muy desgraciado y miserable que se le suponga, este hombre será siempre *alguien*; pero Jesucristo quiso someterse á la ley de las especies y no ser más que *algo, alguna cosa*.

Las especies son inmortales é inanimadas. Él, el Verbo, la vida del mundo, el supremo motor de todos los seres, la vida de todas las vidas, se condena á estar sin movimiento y sin acción, se aprisiona. Y se reduce y comprime hasta tal punto en la Hostia consagrada, que por pequeño que sea cualquier fragmento de ésta, allí está Jesucristo todo entero. El posee en sí mismo vida y movimiento; pero no hace uso de ello, porque se sujeta á la condición de las especies inanimadas. Se le puede insultar, escupir, cometer todas las tropelías imaginables y no se defenderá. Si pudiese sufrir todavía, sufriría más aún en la Hostia que durante su vida.

Pero ya sabéis aquellas palabras que pone el Profeta en su boca: «Yo no soy un hombre, sino un gusano de tierra». El gusano es el último de los animales que en la escala de los seres ocupa el sitio inmediatamente superior al de los vegetales. El gusano hállase desprovisto de toda vestidura, mientras que los demás animales, incluso la oruga, tienen una cubierta exterior, un tegumento cualquiera. Aseméjose á un gusano de tierra en la cruz, cuando se le expuso desnudo á los insultos de sus verdugos; pero esto no fué más que un instante. En el Sacramento

no es un gusano de tierra, pero se expone á ser invadido por los gusanos. ¡Cuántas Hostias consagradas se inutilizan por accidente ó incuria! Se deterioran, se dañan, se pican, introduciéndose en ellas los gusanos y expulsando de allí á Jesucristo, pues Nuestro Señor no reside en ellas sino mientras que están sanas. Los gusanos, pues, ocupan su lugar. ¡Y en el instante en que la Hostia entra en descomposición, cuando está medio destruída, Jesucristo se refugia en la otra mitad sana; la Hostia es disputada entre Jesucristo y los gusanos procedentes de la descomposición! En una palabra, Jesucristo asumió todas las miserias de las santas especies en cuanto á su manera de ser exterior: *Putredini divi: Pater meus es; Mater mea et soror mea, vermicibus*¹.

En fin, las especies no tienen voluntad. Se las coge, se las lleva adonde se quiere; sea quienquiera el que lo mande. Jesús no resiste, jamás se niega. Permite ser profanado por las manos de un malvado. Esta es una de las condiciones del estado que ha elegido. No se defiende. La sociedad venga la agresión castigando al agresor: Nuestro Señor todo lo tolera... ¿Cómo?... ¿Hasta tal punto?...

Se anonadó ciertamente en el Calvario con relación á la felicidad y á la gloria de su divinidad, y con relación á los demás hombres; pero aquí es donde realmente se abate, se anonada. El último grado de la creación consiste en no tener substancia propia, en no ser más que un accidente, una cualidad: ahora bien; Jesucristo, que no puede perder su propia substancia, toma el estado exterior, las condiciones de los simples accidentes naturales; todo esto para de-

¹ Job, XVII, 14.

cirnos: «Ved y obrad como yo.» ¡Ah, jamás llegaremos á imitarle, á descender tan bajo como Él! Nuestro eterno sentimiento será haber pensado tan poco en las humillaciones de Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

II

Su anonadamiento eclipsa todo cuanto en Él hay de glorioso. Si Nuestro Señor dejase aparecer su gloria, no sería ya nuestro modelo de anonadamiento, y nosotros podríamos también buscar la gloria y la majestad de las virtudes. ¿Pero habéis visto la gloria de Jesús en el Santísimo Sacramento? Ciertamente puede decirse que allí es un sol velado, cubierto por impenetrables nubes. Alguna vez ha obrado allí milagros; pero son raros, y estos milagros recuerdan y hacen comprender mejor su rebajamiento habitual; Jesucristo quiere eclipsarse por completo. Es más grande cuando no hace milagros que cuando los hace: en el primer caso es su amor quien le ata las manos; si nos mostrase su gloria, no podría ya decirnos: *Discite a me*. ¡Miradme, ved cuán dulce soy y humilde de corazón!; si así fuera, nos aterrorizaría ante la vista de su poderío y majestad.

Eclipsa su divinidad, mucho más que durante su vida mortal. Entonces se veía siempre algo divino en su rostro, en su porte. Así es que, antes de humillarle, los pretorianos le vendaron los ojos; ¡eran éstos tan hermosos! ¡Aquí, en la Eucaristía, nada, nada! La imaginación pretende alguna vez describir sus rasgos, sus lineamientos, sus facciones en la Hostia consagrada; pero esto no es la realidad. ¡Si

al menos se le viese algún día en el año, ó siquiera durante la vida! No, ha velado su gloria tras una nube impenetrable.

Jesucristo ha practicado este anonadamiento en su estado de gloria, y no sólo de una manera negativa, si que también positiva. Se humilla negativamente aquel que, siendo pecador, indigno de las gracias de Dios, reconoce su miseria y su nada; le es fácil reconocer que no es nada bueno, puesto que no produce sino frutos de maldición y de muerte. Mas la humildad positiva se practica en el bien, en la alabanza merecida, en la gloria que se ofrece á Dios, de que uno se priva voluntariamente para rendirle con ella homenaje. Esta es la lección que nos suministra Jesucristo en su anonadamiento eucarístico.

Humillaos en vuestras virtudes. ¡El cristiano es grande ciertamente! Es el amigo, el heredero de Jesucristo; participa de su naturaleza divina. Su gracia hace de él el templo y el instrumento del Espíritu Santo. Y el sacerdote, el ministro de los más altos misterios, que manda á Dios, que santifica y salva las almas dirigiéndolas hacia Dios, ¡cuán grande y sublime no es también su rango! Por esto es que el cristiano y el sacerdote, al considerar su altísima dignidad, tendrían motivo para engreirse como los ángeles en el cielo, como Lucifer en la gloria.

Si Nuestro Señor se hubiese contentado sólo con engrandecernos y elevarnos como lo hizo, hubiésemos corrido el riesgo de perdernos por orgullo. Pero no, Jesucristo anonada, aniquila su gloria, su grandeza, y nos habla diciendo: «Ved cómo yo me humillo; soy más grande que vosotros ciertamente, y sin embargo, ved lo que hago de mi grandeza y á qué

me reduzco.» Si no estuviera allí Jesucristo, disimulando, ocultando su gloria, yo no podría decirlo: Sed humildes; porque con razón vosotros podríais contestarme: ¿Pues qué, no somos príncipes de la gracia? Esto es cierto; pero mirad á nuestro Rey. Este pensamiento es el que hace postrar de hinojos ante Nuestro Señor Jesucristo á los Obispos, al Papa mismo, y viéndolos anonadados en el acatamiento divino, se siente uno obligado á confesar que sólo Dios es verdaderamente grande.

¿Qué sucede sin la Eucaristía? Vedlo en las demás religiones. ¿En qué ha venido á parar la humildad? El protestante no sabe lo que es despreciar las grandezas: trabaja, se sacrifica, pero es para elevarse, para enaltecerse; nada tan arrogante y altanero como el protestante honrado: y es que allí no está la Eucaristía, y en vano se buscaría la verdadera humildad. Y los católicos que no viven de la Eucaristía, ¿no veis cómo se coronan con sus propias obras? Nada más hermoso que los elogios cristianos bien merecidos. Pronto se pasa por un santo en la pública opinión multiplicando las obras buenas.

¿Y de dónde procede nuestro orgullo, ese orgullo espiritual que se engríe de las gracias recibidas, de los dones de Dios, del círculo de amigos virtuosos y santos, de la influencia que pueda uno tener sobre las almas, sino del olvido de la Eucaristía? ¿Os sentís tentados de este orgullo cuando comulgáis? Cuando oís á Jesús encerrado en vuestro pecho y diciéndoos: «¿Cómo! ¿os enorgullecéis por las dignidades y gracias que os he concedido, por el amor privilegiado que os profeso? Pues yo en cambio me anonado; haced por lo menos como yo, ¡imitadme siquiera!»

Meditad en Nuestro Señor Jesucristo anonadado en el Sacramento; éste es el verdadero camino de la humildad; compréndese que su anonadamiento es la mayor prueba de su amor, y que debe ser también la prueba del nuestro; que es necesario descender hasta Nuestro Señor Jesucristo, que se colocó en la categoría de los últimos seres de la creación.

Esta es la verdadera humildad, que da de lo suyo, que transfiere á Dios el honor y la dignidad que recibe. Creen muchos que uno no puede humillarse sino de sus pecados y miserias, y que no puede hacerlo en el bien, en la grandeza sobrenatural. Pero esto no es exacto. Atribuir á Dios todo bien: en esto consiste la humildad de homenaje, que es la más perfecta. Jesucristo nos la enseña, y cuanto más nos acerquemos á Él, tanto más nos humillaremos como Él. Ved á la Santísima Virgen, sin pecado, sin defecto, sin mancha ni imperfección, sino por el contrario, toda hermosa, toda perfecta, toda brillante por su gracia inmaculada y por su cooperación incesante; y sin embargo, se humilla más que ninguna otra criatura. Consiste la humildad en reconocer que uno no es nada sin Dios, y en atribuir á Él todo lo que uno es: pues cuanto más perfecto es el hombre, tanto más se acrecienta esta humildad, porque tiene más que dar á Dios: á medida que las gracias nos elevan, nosotros descendemos; nuestras gracias son los escalones de nuestra humildad. La Eucaristía, pues, nos enseña á ceder á Dios toda gloria y grandeza, no solamente á humillarnos de nuestras miserias.

¡Lección utilísima y permanente! Por esto toda alma eucarística debe llegar á ser humilde: la proximidad, la vida habitual con Jesús-Hostia debe

hacernos tales que no pensemos ni obremos sino bajo el impulso de esta divinidad anonadada; y quien quisiera fomentar su orgullo en presencia de la Eucaristía, sería un demonio... Pues basta mirar atentamente para sentir la necesidad de anonadarse. Y por esto también la Iglesia os manda doblar la rodilla ante el Santísimo Sacramento, como postura muy propia de la humildad y anonadamiento.

Esta es la humildad de estado. Veamos la humildad de las obras.

III

Jesucristo no está inactivo en el Santísimo Sacramento. Trabaja, intercede, salva las almas: aplica su redención y nos santifica. Su acción se extiende á todas las criaturas. Es allí el mismo Verbo divino que pronunció una palabra por la cual todo fué creado, y que aún lo conserva todo con su palabra omnipotente. Él continúa pronunciando el *fiat* que conserva la vida en toda la creación. No solamente es allí creador, sino reformador, restaurador y Rey de toda la tierra. Él recibió el gobierno de todas las naciones, y el Padre se vale de Él para obrar sobre el mundo. Su divina voluntad rige y gobierna el universo. La voz de mando por la que el mundo se rige, parte del Santísimo Sacramento. En su mano está la vida de todos los seres: Él es allí juez de vivos y muertos.

Ahora bien; los soberanos ostentan gran aparato, se rodean de regia pompa para cualquier acto de soberanía. Esto es necesario: el hombre se gobierna por el amor ó el temor.

Pero, ¿y Nuestro Señor Jesucristo? ¿Dónde está el aparato de este Rey, á quien pertenece todo poder en el cielo y en la tierra? ¿Dónde la gloria, el boato de sus palabras y acciones? Millones de ángeles parten á cada instante del Tabernáculo, y vuelven á él después de haber cumplimentado sus órdenes; allí está su centro, su cuartel general, pues allí está el General en Jefe de los ejércitos celestiales. Y sin embargo, ¿veis, oís alguna cosa? Todas las criaturas le obedecen, y nosotros nada de ello percibimos. ¡He aquí, pues, cómo sabe ocultar su acción! ¡He aquí cómo sabe mandar en su anonadamiento! ¡Y los hombres que mandan á los demás creen ser algo! ¡Y no hablan sino con altivez ó con palabras fuertes, y bruscos ademanes! ¡Creen que así mandan con más eficacia! He aquí una lección para los superiores, los jefes de familia: todos deben ser humildes en el mandato, si quieren imitar á Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Y notad todavía la humildad de Nuestro Señor: no manda á los hombres visiblemente, porque en tal caso querría no se obedeciese sino á Él; se eclipsa para que obedezcamos á nuestros semejantes, en quienes se halla un reflejo de su autoridad. ¡Qué unión, qué enlace tan admirable de la autoridad y la humildad!

Además, Nuestro Señor oculta la santidad de sus obras. La santidad tiene dos partes: la una está en la vida interior del alma con Dios; ésta es la principal: en ella está la perfección y la vida. En la mayor parte del tiempo ella basta y ella lo es todo. Consiste en la contemplación é inmolación interior del alma. La otra parte es la vida exterior.

La contemplación se compone de las relaciones del alma con Dios, los ángeles y el mundo espiritual;

es la vida de oración, que constituye el valor de la santidad, y que es la raíz de la caridad y del amor. Pues bien; esta vida hay necesidad de ocultarla: es necesario que sólo Dios posea su secreto: el hombre mezclaría en ella su orgullo. Dios se la ha reservado: quiere dirigirla Él mismo; ni un santo bastaría para dirigirla. Es la relación nupcial del alma con Dios, que se verifica en el secreto del oratorio, con las puertas cerradas: *Intra in cubiculum et clauso ostio, ora Patrem in abscondito*. Cuesta trabajo hacer la oración en secreto. Se quiere por lo general ir al terreno de la acción, pensar en lo que se hará ó dirá en tal ó cual circunstancia. ¡Y es que no se tiene la clave de la oración!, no se sabe callar. ¡Ved á Nuestro Señor que ora de continuo, y es el gran suplicante de la Iglesia! Él consigue más con su oración que todas las criaturas juntas; pero Él ora en su anonadamiento. ¿Quién ve su oración? ¿Quién oye su plegaria? Los Apóstoles le vieron orar en la tierra y pudieron oír sus gemidos en el jardín de las Olivas. ¡Aquí nada! Su oración se disimula, se anonada, pero es tanto más poderosa cuanto más inmolada, cuanto más secretas. Al comprimir una esponja, verterá el líquido que contiene. Se necesita la compresión para lograr una gran fuerza de expansión. Pues bien; Jesucristo se anonada, se comprime, por decirlo así, se reduce á la nada, para que su amor salte hasta su Padre con una fuerza infinita.

El alma contemplativa ve allí su modelo: no quiere ser conocida, quiere hallarse sola: se recoge y se concentra; ¡oh, cuántas almas hay que el mundo desprecia y que son omnipotentes, porque su oración tiene la cualidad de la oración humilde y anonada de Jesús-Hostia! Para alimentar y conservar esta

oración oculta y concentrada, tienen necesidad de la Eucaristía; si persistiesen enteramente aisladas y ensimismadas, caerían en la demencia. Sólo Jesús puede con su dulzura templar la fuerza de esta oración.

La vida interior consiste, además, en la inmolación. Para que el alma quede libre y tranquila en la oración, se necesita que los sentidos, el cuerpo, las facultades todas guarden silencio. Así es que, toda alma que quiere trabajar interiormente, ha de soportar en sí misma un combate al cual nada podría compararse.

La vida abatida, anonadada de Jesús es también aquí nuestro modelo. ¿Quién se sacrifica más que Él? Dicese que no sufre ya. No se necesita sufrir actualmente, es suficiente ponerse en el estado y tener la voluntad del sacrificio para sacrificarse verdaderamente. Es una opinión errónea la de que el dolor y sentido exterior actualmente constituye todo el mérito del sacrificio. Dicen muchos: Yo no tengo mérito, pues el hacer tal cosa no me cuesta nada. Yo lo hago todo fácilmente, sin ningún esfuerzo; por tanto, no hago nada por Dios. Esto lleva á abandonar el camino de la santidad. ¡Y es que la piedad goza tanto en ver lo que hace y lo que da!

Pero decidme: ¿es que no contáis, no tenéis ya presente aquel primer sacrificio que hubisteis de hacer para comenzar á practicar tal ó cual virtud? Aquel sacrificio os costó algo sin duda alguna. ¿La repetición del acto no es nada tampoco? ¿No prueba esto la perseverancia de vuestra voluntad? Sabed que el sacrificio consiste en la voluntad: ahora bien; aunque por el hábito del sacrificio, el dolor, el esfuerzo sea menos vivo, la voluntad permanece constante y

aun se fortalece por el hábito. La abnegación, la muerte de sí mismo está en el principio, en la primera gracia: después viene la paz; pero el mérito dura y se acrecienta con la repetición y continuación del sacrificio. El amor filial hace sobrellevar fácilmente y sin disgusto sacrificios heroicos: el amor de Dios hace que los santos gocen en medio de sus torturas. Aquellos sacrificios y estos tormentos, ¿valen menos porque vayan acompañados de cierto goce que los hace menos dolorosos?

Pues del propio modo, Nuestro Señor Jesucristo no sufre en el Sacramento; pero Él adoptó voluntariamente ese estado de sacrificio. El mérito lo adquirió Jesús en la primera hora, cuando, conociendo los desprecios é injurias que tendría que sufrir de parte de los hombres, lo aceptó todo, é instituyó el Sacramento revistiéndose del estado de víctima. Este mérito dura ciertamente, no ha sido agotado, la voluntad del Señor abarcaba todos los tiempos y lugares, y libremente lo aceptó todo. Y para atestiguar su voluntad siempre viva de sacrificarse, mandó á su Iglesia que representase su inmolación en la santa Misa mediante la separación de la especie del vino de la otra especie del pan, y por la división de la Hostia en tres partes. En la comunión pierde en el cuerpo del que comulga su estado sacramental. ¿Notáis bien ahora este sacrificio, esta inmolación continua?

Nosotros no conocemos la palabra de ese misterio que une en la Eucaristía la vida y el sacrificio, la gloria y la humillación; es éste un misterio que sólo Dios conoce. También en esto enseña al alma interior á no manifestar sus sufrimientos íntimos sino á Dios solo.

¡Ah! ¡que no sepan los hombres nuestros padecimientos! ¡Ellos nos compadecerían, nos alabarian, y esto sería nuestra perdición! Ved vuestro modelo en el Santísimo Sacramento. ¡Cuán pocos de los que oran y comulgan conocen bien la acción anonadada de Nuestro Señor, ni siquiera de ella se enteran!

En cuanto á los actos exteriores de la vida cristiana, Jesucristo mismo nos enseña á ocultarlos, á no aceptar por ellos los elogios, aunque sean merecidos. Para imitarle, nosotros no debemos dejar ver sino el lado desfavorable de nuestras buenas obras; ¡así será tanto más brillante el lado que mira al cielo! Y debemos hacerlo así cuantas veces seamos libres respecto de la forma ó condición exterior de nuestros actos. Cuando son obras que debemos practicar públicamente, hagámoslas bien para edificación; pero si son buenas obras personales, privadas, entonces procuremos ocultarlas. Haciéndolo así permaneceréis en la gracia eucarística. ¿Quién ve las virtudes de Jesús-Hostia?

Para terminar todo esto, recordad los abatimientos, los anonadamientos de Jesucristo en el Santísimo Sacramento; humillaos como él, reducidos á la magnitud de un átomo, á la nada; preciso es que Él aumente y vosotros disminuyáis. Que el anonadamiento, que la humildad sea como el carácter de vuestra virtud y de toda vuestra vida. Sed como las especies sacramentales, que nada tienen propio y que viven por un milagro. No seáis nada para vosotros; no esperéis nada de vosotros; no hagáis nada por vosotros, y reducidos á la nada, anonadaos,

